

intentaban oponerse á su marcha; y antes de lanzarse con el Crucifijo en la mano sobre aquellas islas, á quienes el dedo de Dios habia herido con la maldicion, escribe á D. Ignacio de Loyola la carta siguiente:

«El país á donde me dirijo está cercado de peligros y es funesto á todos los que le pisan por la barbarie de sus habitantes, y por el uso de diversos venenos que mezclan en la bebida y comida, lo que ha impedido á muchos sacerdotes el pasar á instruirlos. Por lo que á mí respecta, considerando su extrema necesidad y el deber de mi ministerio que me obliga á sustraer las almas á la muerte eterna, aun á expensas de mi propia vida, he resuelto arriesgarlo todo por su salvacion; porque toda mi esperanza y deseo se cifran en conformarme en cuanto esté de mi parte con las palabras del divino Maestro, que me dice: El que quiera salvar su alma debe perderla, y quien la pierda por mi amor la encontrará.

«Varias personas que me aprecian aquí en alto grado, han hecho cuanto han podido para distraerme de este viaje; pero viendo que sus ruegos y lágrimas eran inútiles, quisieron al menos darme algunos antidotos para neutralizar la accion de sus venenos, que tampoco he querido aceptar, por temor de que al hallarme con el preservativo llegase á temer el daño: mi vida está en manos de la Providencia; no necesito preservativo alguno contra la muerte, pues me parece que la confianza en los remedios llegaria á minorar la que tengo en Dios.»

Adviértese en esta carta al hombre en persona; pero al hombre desprendido de todo, y en medio de enemigos pérfidos, que marcha sin precaucion, porque sabe que Dios va con él.

Después de algunos dias de navegacion desciende á la ribera, en donde yacian nueve cadáveres de portugueses sobre la arena y sin sepultura, haciendo saber á los extranjeros la suerte que les reservaban los habitantes de la isla del Moro.

Á la vista de los marineros y del sacerdote que tomaban tierra huyeron los salvajes, presumiendo que los europeos llegaban con ánimo de pedirles cuenta de la sangre derramada. Javier los sigue; los alcanza en las selvas, y con un tono cariñoso les comunica en su lengua los motivos que le conducen á su país; lisonjea su vanidad grosera, y los hace volver á la aldea cantando por las calles la doctrina cristiana para hacérsela saber con mas cele-

ridad á las mujeres y niños. Las villas de Momoya y de Tolo ceden á las inspiraciones de Javier, haciéndose cristiana la isla entera del Moro casi sin esfuerzo. Hecho esto, abandona el Jesuita la isla para regresar á las Molucas, y volver desde allí á Goa por Malaca, á donde llegó el mes de julio de 1547.

Apenas de regreso en Malaca, volvió á empezar el Apóstol el curso de sus predicaciones á los Cristianos y gentiles; pero en aquel tiempo la dominacion portuguesa que se habia excedido, como todos los poderes nacientes, se veia amenazada en su existencia. Los reyes indios rivalizaban eternamente con los dominadores que la fuerza les imponia; ya muchas veces se habian cogido entre sí, pero siempre se veian obligados á sucumbir á la táctica europea, y la victoria los hacia tributarios hasta el dia en que les arrancaban la corona de las sienas.

Alaradino, rey de Achem, no se habia aun sometido, y su aversion á los Cristianos se habia aumentado en proporcion del odio que profesaba á los portugueses.

Sus Estados forman el reino mas considerable de la isla de Sumatra. Durante muchos años armó sus navíos de corsarios para recorrer las costas; puso en buen orden sus tropas de tierra, y tomaba cada dia nuevo incremento el plan que debia entregarle á Malaca. Tomadas sus medidas con el mas posible sigilo, sale Alaradino á la cabeza de una formidable armada; toma el puerto; y en la noche del 8 al 9 de octubre caen sus brulotes sobre la flota portuguesa; disparan su artillería contra la ciudad, y los mas atrevidos de sus soldados suben al asalto.

En medio del desorden y de la confusion, inseparables en semejante caso, D. Francisco de Mello, gobernador de Malaca, que habia tomado bien sus disposiciones, rechaza el primer esfuerzo de los sitiadores; pero estos habian ya incendiado todos los barcos portugueses. Estimulados los naturales de Achem á la vista de este incendio, despliegan al viento sus ricas banderas; saludan de léjos á la ciudad que va á ser pronto conquistada, y después de haber cortado las orejas y narices á los pobres pescadores que entraban en el puerto, les encargan de llevar al gobernador la intimacion siguiente:

«Bajaja Soora, que tiene el honor de conducir en vasos de oro el arroz del gran sultan Alaradino, rey de Achem y de las tierras que bañan uno y otro mar; te advierto que escribas á tu rey,

«que estoy aquí á pesar suyo esparciendo el terror en su misma
«fortaleza con un fiero rugido, y que estaré aquí todo el tiempo
«que me plazca. Llamo por testigos de lo que digo no solamente
«á la tierra y á las naciones que la habitan, sino tambien á todos
«los elementos hasta el cielo de la luna, y declaro por las pala-
«bras salidas de mi boca, que tu rey es un hombre sin reputa-
«cion y sin valor; que sus enseñas abatidas no podrán levantarse
«jamás sin permiso del que viene á vencerle; que por la victoria
«que acabamos de conseguir tiene mi rey á sus piés la cabeza del
«tuyo, quien desde este dia será mirado como su súbdito y esclavo;
«y para que tú mismo confieses esta verdad, te desafio en el
«paraje en que estoy si te sientes con bastante valor para resistirme.»

El insulto era grave, y bajo el énfasis del desafio encerraba ofensas que no podia soportar con paciencia el orgullo de un caballero. Reunióse el Consejo sin saber qué resolver, cuando apareció Javier, cuyo concurso habia sido solicitado por Mello, en medio de aquellos oficiales intimidados: su presencia reanimó á aquellos corazones; leyó la intimacion de los achemitas; y este misionero que tenia sangre azul en sus venas de caballero navarro, declaró que era preciso á toda costa vengar semejante ultraje, puesto que el honor del cristianismo estaba aun mas interesado en la querrela, que el de la bandera portuguesa: sus palabras fueron escuchadas con gran interés.

Es verdad que la flota acaba de ser incendiada por el enemigo; pero aun existian en los arsenales algunas fustas que Javier manda reparar sin tardanza, con ánimo de hacer frente á los achemitas, marchando él mismo á la cabeza de los mas decididos. Nuevo Gedeon, inspirado del cielo, bástale un puñado de valientes para derrotar las huestes mas aguerridas. En tan urgente peligro se opone el pueblo á su partida: poco les importa desprenderse de algunos centenares de soldados, que como custodios de su seguridad se hallan en el caso de sacrificarse por la patria; pero de ningun modo consienten en que los abandone su Apóstol, porque en él han fundado su esperanza, y de él depende su consuelo y libertad. Vencido, al fin, por sus ruegos, se resigna á quedarse: administra los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía á todos aquellos soldados; les echa su bendicion, y empieza á surcar la flotilla; pero apenas se han hecho á la vela, cuando

se abre por la quilla el navío almirante, y desaparece bajo las olas con toda la tripulacion.

La multitud empezó á alarmarse, y en el exceso de su desesperacion, vésele murmurar contra el Misionero: este aparece; y con el rostro sereno y la voz tranquila profetiza á los aterrados malayeses que obtendrian la victoria antes de ponerse el sol.

Adviértense, en efecto, á la caida de la tarde dos velas latinas que haciendo la salva de costumbre se reunieron á la escuadra, y el 25 de octubre esta débil flota se alejaba del puerto. Habiales prometido el Misionero la victoria, en caso de que la demasiada presuncion ó la temeridad no llegasen á frustrar el plan trazado por Mello: la escuadrilla creyó desde luego en sus promesas. El almirante Deza tomó posicion; su artillería toma la iniciativa, y después de una obstinada lucha en que los achemitas fueron dispersados, sumergidos ó devorados por las llamas, los portugueses entraron vencedores en Malaca.

Empero, no fue á los soldados y al Almirante, que con tanto árdor combatieran, á quien la ciudad rindió los honores del triunfo: el Jesuita, en su opinion, era el autor de tamaño beneficio; publicaban su firmeza, alababan su prudencia, encomiaban el don de profecía que habia animado á los portugueses; aplaudíanle en las calles, le abrazaban en el altar, y le felicitaban por todas partes.

Estos honores alarmaron bien pronto su humildad. Ya se encontraba Malaca fuera de peligro; pero ansiaba su corazon arrosstrar otros nuevos. Los navíos mercantes de la China llegaron á esta sazón al puerto de Malaca conduciendo á bordo uno de ellos á un japonés llamado Anger de Cangoxima, que atraído por la reputacion del Misionero, habia emprendido tan largo viaje con el objeto de calmar sus inquietudes interiores. La presencia del japonés, su deseo de aprender, su docilidad y buen juicio difundieron un rayo de luz en el alma del Jesuita. Decíanle que los habitantes de aquel vasto imperio ansiaban aprender; que se hallaban dotados de un natural generoso, y que existía un suelo dispuesto á recibir el rocío celestial, una vez que la conducta de los eclesiásticos correspondiese á sus preceptos; y no fue menester mas para entusiasmar á Francisco.

Metodiza sus misiones, nombrando á Pablo Camerino superior general en lugar suyo; comunica sus instrucciones á los demás

individuos de la Compañía que se hallaban en aquellas costas; confía á Criminal, á Enrique y á Ildefonso Cipriano el cuidado de los paravas, sus primeros hijos en Jesucristo, y después de haber visitado á D. García de Sa, gobernador interino por muerte de don Juan de Castro, se hace á la vela para el Japon, acompañado del P. Cosme de Torres, uno de los ingenios mas brillantes de su siglo, el hermano Juan Fernandez, y de Cangoxima, que tomó en el Bautismo el nombre de Pablo de Santa Fe. Era el 15 de abril de 1549.

En el momento de tentar una nueva empresa, escribió Javier á Loyola: «Imposible me seria expresar el júbilo con que emprendo tan largo viaje, mucho mas cuando he sabido que está cercado de peligros inmensos; puesto que cree haber hecho una navegacion felicísima, el que arriba al puerto en salvo después de haber perdido dos navíos, de cuatro. Aunque tamaños riesgos sean superiores á cuantos he experimentado hasta ahora, no intento por eso renunciar á mi empresa; porque el Señor me dice interiormente que la cruz producirá grandes resultados en el momento que esté fijada en aquel suelo.»

En este hombre tan rígido para consigo mismo existía un fondo de caridad inagotable; para sí únicamente solicita las privaciones, los sufrimientos y riesgos de toda especie, al paso que ordena guardar todas las consideraciones debidas con los demás individuos que caminan tras sus huellas; y valiéndose de la obediencia que todos han prometido á su Fundador, dirige á Pablo Camerino las instrucciones siguientes:

«Dado el caso de que nuestros hermanos, que están en el cabo de Comorin, en las Molucas, ó do quier que se hallen, os escriban solicitando alguna gracia del Obispo ó del Virey por vuestra mediacion, ó sea para pedirlos á vos mismo algún auxilio corporal ó espiritual, abandonadlo todo y dedicaos exclusivamente á proporcionarles cuanto deseen. Con respecto á las tareas que escribais á esos operarios infatigables que soportan con tanto placer el peso del trabajo y del clima, cuidad que nada contengan de amargura y sequedad; antes bien deberéis procurar que cada línea, y aun cada palabra, solo respiren afecto y ternura.

«Suministradles liberalmente y á la mayor brevedad, cuanto exijan respecto al alimento y vestido, como cuanto concierna

«al restablecimiento y conservacion de su salud; puesto que es muy justo que compadezcáis á los que sin descanso y sin humar no consuelo, se afanan por la salvacion de las almas. Esto que os digo, atañe principalmente á los misioneros del Comorin y de las Molucas: una vez que su mision es la mas penosa, justo es aliviarlos, por temor de que sucumban bajo las fatigas de tan pesada cruz. Procurad que no tengan que pedirlos dos veces lo que necesitan, acordándoos que ellos están en la batalla mientras que vos descansais en el campamento; por lo que á mí respecta, hallo esos deberes de caridad tan justos é indispensables, que me atrevo á ordenaros en nombre de Dios y de Ignacio nuestro Padre, que los cumplais con exactitud y con toda la presteza y alegría posibles.»

Gaspar Barzée, flamenco de nacion y predicador célebre, que renunció á las glorias mundanas por abrazar el Instituto y la carrera de las misiones, fue el encargado de propagar el catolicismo en Ormuz, ciudad situada en la embocadura del golfo Pérsico, á doce leguas de la Arabia Feliz, y afamada por su mucho comercio.

Componíase su poblacion de griegos, rusos, abisinios, alemanes, armenios y judíos, mezclados con los apóstatas de todas las naciones europeas, que pasaban á traficar en aquel gran bazar del mundo, y que pasaban la vida en aquella costa rodeada de todas las seducciones imaginables. Barzée empezó por confundir á los judíos, discutiendo con ellos públicamente; se captó la estimacion de los sarracenos, y la amistad de todos aquellos hombres cuyas costumbres y religion no estaban menos discordes que sus idiomas: los habia encontrado paganos ó incrédulos, y los tornó en breve cristianos.

El 15 de agosto de 1549 abordó Francisco en la rada de Cangoxima, después de una navegacion de cuatro meses entre escollos y tormentas.

Es el Japon un mundo entero de islas y de montañas, sito en los confines del Asia y enfrente de la China. Su suelo produce pocos granos; pero sus entrañas encierran en cambio minas inmensas de oro y plata. Sus habitantes son ateos ó idólatras; los primeros en nada creen, y someten los últimos su fe á una multitud de sueños y delirios de su fantasia; adorando unos al sol y á la luna, otros á Camis, hijo del sol, y á los fotoques, deidades

inventadas por los chinos. Los hay que tributan culto á diferentes especies de animales: la mayor parte de ellos veneran á Xaca y Amidas, divinidades que ha popularizado su mitología pitagórica; y no hay villa ni aldea en que estos dos ídolos no tengan un templo en que la magnificencia no rivalice con la supersticion. Para honrar á estos ídolos se precipitan los japoneses de lo alto de las rocas, y se sepultan vivos en las cavernas: obsérvase con frecuencia, lo mismo en hombres que en mujeres, que después de haberse atado al cuello una gran piedra, se ponen á cantar sobre la ribera himnos en honor de Amidas y Xaca, y en seguida se lanzan á las olas.

El Saso es el pontifice de esta religion, que tiene por sacerdotes á los bonzos, especie de bracmanes tan austeros en público, y depravados en secreto, como aquella secta de monjes indios.

Luego que Javier hubo llegado á superar las primeras dificultades del idioma japonés, se puso á predicar en público: explicó los artículos del simbolo, visitó á los bonzos, y muy pronto se concilió su agrado por su elocuencia. Escuchábanle los bonzos con respeto, cuando les hablaba de Dios y de la inmortalidad del alma; porque no podian persuadirse que aquel hombre habia venido de tan léjos para engañarles; pero sus discursos no pasaban de los oídos á su corazón insensible. El Misionero pretendia iniciarles en la abnegacion de sí mismos, en la pureza y demás virtudes, y todo esto era para ellos una amarga acriminacion de su conducta, al par que un sacrificio inmenso.

Dos de ellos, sin embargo, no pudieron resistir la fuerza de su elocuencia, y se declararon católicos, cuyo ejemplo fue al instante seguido por la multitud, que abriendo los ojos á la luz de la fe y de la razon, pidieron al Jesuita el Bautismo.

Abrazar la religion católica, era privar á los bonzos de las limosnas y ofrendas con que subsistian; habian acogido al Misionero por curiosidad, y el interés les estimuló á cambiar su acogida en persecucion; ya no fue para ellos un hombre, sino mas bien un demonio; acusáronle de impostor; échanle en cara que no observa las austeridades que ellos, y Javier se abstiene desde entonces de todo alimento animal; pero ni aun así cesaron las murmuraciones de los bonzos.

Era necesario sojuzgar á aquel pueblo por medio de milagros palpables: estos prodigios se realizan: Javier da la salud á los en-

fermos, y resucita los muertos; á la vista de semejantes portentos desaparece la perplejidad de todos, y la ciudad de Cangoxima abraza el cristianismo.

Empero el Jesuita no ha pretendido limitar á esta villa el curso de su apostolado. Abandona á Cangoxima seguido de Cosme Torres y de Fernandez; y llevando á su espalda los ornamentos con que debe celebrar el sacrificio de la misa, llega á Firando, en cuya rada estaban anclados algunos navíos portugueses que saludaron al instante su arribo izando banderas. Al verle pobre y mal vestido, tal vez el rey de Firando y su corte habrian despreciado aquel envilecimiento, que no acababa de comprender su orgullo, á no haber presenciado el entusiasmo con que le recibian los marinos, y á no haberles dicho estos, que aquel sacerdote tan humilde en la apariencia estaba revestido del carácter omnipotente de embajador por el rey de Portugal, cuyas flotas surcaban los mares, y cuyos ejércitos ocupaban sus villas; lo que bastó para inspirar un profundo respeto á los japoneses. Javier pide permiso para predicar la ley de Dios en el reino: otórgasele esta facultad, y da principio á su obra en este mismo dia, siendo sus exhortaciones tan fructuosas, que al cabo de un mes triunfaba ya el Evangelio de todos los vicios. Era este pueblo demasiado dócil á las inspiraciones de la gracia, y el Jesuita necesitaba luchas mas animadas; por lo que dejando en él á Torres para que sostuviese á los habitantes en la fe, se dirigió hácia Meaco, capital del imperio, el 27 de octubre de 1550.

La villa de Amanguchi, que se hallaba en su travesía, era opulenta y habia en ella una multitud de extranjeros atraidos por el comercio y los placeres, puesto que sus mismas riquezas habian engendrado en ella la corrupcion: era Sodoma con el lujo de Babilonia. El relato que le hacen algunos portugueses del desorden que reinaba en esta ciudad inflama su celo; y sin solicitar la autorizacion del Rey, recorre las calles predicando á cuantos encontraba las verdades eternas. Fernandez sigue su ejemplo. Los riesgos á que se exponen, la novedad de sus discursos, y el valeroso desinterés que manifiestan excitan la curiosidad de los naturales: rodeánlos en las plazas públicas, les franquean las puertas de sus casas, les interrogan sobre su culto, y responden sin vacilar; siendo su respuesta, la reprobacion de la vida voluptuosa á que se entregaban los habitantes de Amanguchi.

Su contestacion aterró aquellas imaginaciones desidiosas: no quisieron discutir mas con ellos, les lanzaron piedras, cargáronlos de injurias, y cuando llamaban á la oracion ó á la penitencia exclamaba el populacho burlándose de ellos: «Hé ahí dos bonzos « impostores que no quieren que adoremos mas que á un solo « Dios, y que solo tengamos una mujer.» Á vista de semejantes razones encalló la caridad misma de Javier, y salió de allí para Meaco.

Era de noche: la tierra estaba cubierta de nieve; el viento soplabá con violencia; érales preciso atravesar selvas, montañas, llanuras, torrentes y precipicios en lo mas riguroso del invierno.

Descalzo, el cuerpo apenas cubierto con una sotana vieja; sin otras provisiones que algunos granos de arroz tostados al fuego, Javier, Fernandez y los dos japoneses convertidos, recorren aquel inmenso y glacial desierto en que cada paso los lanza en un precipicio. Los comerciantes europeos les habian advertido de los peligros que les esperaban; mas ya que no pueden apartarles de su propósito, quieren al menos procurarles los auxilios necesarios para tan largó viaje. El Jesuita no habia podido rehusar sus ofertas; aceptó mil escudos de oro sacados de las arcas reales, y todo cuanto puso á su disposicion la caridad pública; empero este oro fue distribuido inmediatamente entre los catecúmenos pobres, sin reservar para sus necesidades ó las de sus compañeros ni un solo óbolo. Al cabo de dos meses de continuadas fatigas y sufrimientos, entraron en Meaco.

Este nombre, que en lengua japonesa significa una cosa digna de ser vista, estaba entregada á toda la desolacion que en pos de sí arrastran las guerras. Los reyes vecinos habian formado una liga contra el Cubo-Sama y el Dayri; es decir, contra el jefe de los ejércitos y el Emperador. Los magnates y los bonzos tomaban una parte muy activa en estas disensiones: los ánimos estaban agitados y las pasiones políticas en movimiento, por lo que el Jesuita no creyó deber exponer las verdades celestiales á la vista de una nacion tan embebida en los negocios terrenos. Para obtener una audiencia del Dayri ó del Cubo-Sama exigian mil caixes¹, y Francisco no tenia un maravedí: vióse, pues, obligado á retroceder á Firando, encargándose únicamente de transportar

¹ Mas de veinte y dos mil quinientos reales.

algunos objetos de arte ó de lujo que el Virey habia puesto á su disposicion.

Su haraposo traje habia repugnado á los japoneses: este desprecio que del vestido pasa con tanta rapidez á la persona, hizo bien pronto comprender á Francisco que le era preciso dejarse ver en público con un traje menos derrotado si queria ser atendido: en vista de lo cual aceptó uno mas decente que le ofreció la caridad, y prosiguió su camino.

Detúvose de nuevo en Amanguchi, donde fue recibido favorablemente por el rey Oxindono en vista de los regalos que le llevaba, permitiéndole anunciar la fe á sus súbditos. Acudian los habitantes en tropel á escuchar las instrucciones del Misionero; pero el Japon, así como todos los países civilizados, tenia sus doctores y filósofos, cuya ciencia solo cedia el campo después que por medio de argumentos irrefragables quedaba desarmado su ingenio, fértil en sofismas; mas no por eso desesperó el Jesuita de rebatir los que proponian, ora de buena fe, ora con el deseo de entabrar su esfuerzos. Hablaban varios á la vez y sobre diferentes objetos; siendo las respuestas del Apóstol concisas, claras y multiplicadas por la gracia divina, segun consta del acta de la canonizacion.

En Amanguchi, como en todas las ciudades del Japon, existian siete ú ocho sectas religiosas que vivian eternamente en guerra abierta ó clandestina: los progresos que el Jesuita hacia en el cristianismo coligaron contra él á los sacerdotes de todas estas sectas, que si bien divididos entre sí, querian oponerse al enemigo común. Por la mañana instruía á los comerciantes chinos hablándoles en su propio idioma, y ocupaba la noche en explicar á los japoneses los misterios de la fe y en alejarlos del vicio, produciendo su palabra tan buenos efectos, que en menos de dos meses logró administrar el Bautismo á los hombres mas ilustrados del país.

En una de sus cartas á los Jesuitas de Roma, al hablarles de estos maravillosos resultados, les dice: «Aunque mis cabellos « han encanecido estoy mas robusto que nunca, porque las fatigas « que uno se toma para cultivar una nacion juiciosa, que ama la « verdad y que desea su propia salvacion, causan el mas grato « placer. No he disfrutado en toda mi vida tanto consuelo como « en Amanguchi, en que venian á escucharme una multitud de